

ELISABETH ELO

LA MUJER
QUE NUNCA
TENÍA FRÍO

Traducción del inglés de
Eva Cruz

alevosía 

*En memoria de mi padre,
William Jacob Panttaja.*

Capítulo 1

—Era un perdedor —dice Thomasina, cabeceando—. Pero era un buen perdedor.

Ha bastado casi una botella entera de Stolichnaya para ponerla de un humor desagradable, perdonavidas. Me siento tentada de dar yo también unos tragos, medicarme contra el dolor y la culpa del superviviente. Pero alguien tendrá que mantenerse sobrio, por Noah.

Thomasina da un manotazo para apartar algo que ha visto en el aire —puede que no sea nada, la chispa de una alucinación o una mota de polvo— y su tono se desinfla.

—Nunca le quise. Solo buscaba esperma. —Empuja la botella hacia el centro de la mesa de la cocina y apoya la cabeza sobre los brazos cruzados. Los jadeos sacuden sus hombros dos o tres veces. ¿Será pena? ¿Náuseas? En el estado en el que está podría ser cualquiera de las dos cosas, incluso un hipido de indiferencia. Pero cuando levanta el rostro está surcado de lágrimas—. Pero algo debo de haberle querido, porque ahora mismo me siento como una *malvada* bruja.

Noah asoma la cabeza por la esquina. No tiene la pinta voluminosa y cuadrada de Ned y tampoco aquella belleza fantasmal de ojos grandes que antes tenía Thomasina. Es pequeño, delgado, pálido. Las ojeras oscuras le dan un aire de monje. No habla mucho, no tiene amigos. A lo mejor por eso nos llevamos bien.

—Noah, tesoro. Deja que mamá te haga algo de comer. —Tambaleante, Thomasina se pone en pie y se arrastra hasta la nevera. Cuando abre la puerta, Noah y yo echamos un vistazo a su inte-

rior. Gatorade de lima, medio tomate, panecillos de hamburguesa salpicados de moho—. ¿Quieres un sándwich de tomate, tesoro?

—No, gracias —dice Noah. Siempre ha tenido buenos modales. Regresa a la intrincada actividad en la que estuviera ocupado antes. Yo le he visto construir ciudades futuristas al completo a base de depresores linguales, palos de polo y palillos de dientes.

Thomasina se bambolea trazando un arco cada vez más amplio, pone los ojos en blanco y sus párpados tiemblan y se cierran. Resbala nevera abajo y se desploma en el suelo. Me coloco uno de sus brazos alrededor del cuello y la levanto, la arrastro por el linóleo lleno de rayones hacia el dormitorio húmedo y sombrío que se encuentra al fondo del apartamento. Hay ropa y zapatos desperdigados por el suelo. Reconozco las botas vaqueras de piel de lagarto que se pone para salir por las noches. La dejo caer sobre la cama de agua *king-size* y le subo las piernas sobre el colchón.

La caída le hace recobrar la consciencia.

—Tienes que contarle cómo ocurrió, Pirio —masculla—. Él confía en ti. Te *quiere*. Y tú sabes qué es lo que hay que decir mejor que nadie: estabas *allí*. —Gira la cara hacia el estor de la ventana, que está bajado, y dice lastimeramente—: ¿Te acuerdas, hace ya muchos años, de cuando solo éramos dos niñitas que no le importaban a nadie? Por eso cuidábamos la una de la otra. Era bonito, pero estábamos tan tristes. ¿A que sí, Pirio?

—Estábamos bien —digo con firmeza, intentando alejarla de esta ratonera de viejos dolores.

—¿Te lo puedes creer, Pirio? Yo no. Ned, muerto. ¡Eh, rima!* Ahora Noah no tiene padre. Mi pequeño es medio huérfano. Pobre crío.

Yo no digo nada. Tampoco me lo puedo creer. Haría cualquier cosa porque esto fuera de otra manera. No paro de preguntarme qué podría haber hecho, pero no encuentro una respuesta. Nadie podría haberle salvado. Excepto los cobardes a bordo del carguero.

* La frase «Ned, muerto» en el original es *Ned, dead* y, en efecto, rima. (*N. de la T.*)

—¿Quieres saber con quién soñé la otra noche? —pregunta Thomasina en tono nostálgico. A veces me da envidia cómo la bebida permite que su mente se pasee por cualquier callejón y atajo que se le ponga delante—. El mayor cabrón de la historia. Ya sabes quién te digo. Tú y yo somos como guisantes y zanahorias, como dos guisantes en una vaina. Como sea la frase. Introduzca aquí su verdura. —Se coloca dos dedos con firmeza sobre los labios, autocensurándose—. Ups. No quería decir eso. —La mano se le cae de la boca y comienza otra veloz ráfaga de parpadeos—. Adivina, Pirió. Apuesto a que lo pillas a la primera. El mayor cabrón que en la historia ha habido... Era... —Su voz se ha convertido en un susurro—. Era... —Sus ojos se cierran.

—Era Bates el Capullo —digo suavemente.

Metó unas almohadas debajo de su cabeza y de sus hombros para incorporarla y que no se ahogue si vomita, y la tapo con una manta. Me tomo un minuto para recomponerme y luego voy a la sala de estar.

—¿Cómo está mi madre?

—Durmiendo.

Él asiente. Con su limitada experiencia de la vida, no tiene ni idea de hasta qué punto debería preocuparse. Sabe que su madre se ha estado esforzando mucho por no beber tanto. A veces viene a mi apartamento por las tardes para que ella pueda asistir a las reuniones; luego pasan días sin que vaya a ninguna. Está acostumbrado a que ella se eche siestas en momentos raros del día.

Me llega un olorcillo a indol y a ácido úrico. Traducción: caca y pis. Hay una pequeña jaula de plástico en una esquina de la mesa. Retiro la cubierta, meto la mano, rodeo con ella un cuerpecillo tembloroso acurrucado sobre un montoncito de serrín y coloco el hámster en el cuenco que Noah ha hecho con las manos. Empieza a decirle cariñitos, se frota la mejilla contra el pelo del roedor. «Hola, Jerry, ¿estás bien, Jerry?». Tardo un poco en limpiar la jaula. Cuando Noah vuelve a colocar dentro a Jerry, el ratoncito se hace un ovillo y se acomoda en el serrín limpio, que despidе un olor confuso a pino endulzado y amoniaco potente. Intento imaginar cómo los aditivos químicos baratos afectan sus

diminutas glándulas olfativas y decido que probablemente prefiriera el olor de sus propios excrementos. Detesto, en general, la idea de tener animales en jaulas. Si no fuera la mascota de Noah, le dejaría marchar.

—Venga, Noah. Te invito a una hamburguesa —le digo.

Thomasina y yo fuimos juntas a un internado. Yo llevaba desde séptimo en la Gaston School: uno de los pocos colegios que pudo encontrar Milosa, mi padre, donde aceptaran a chavales tan pequeños. Estaba ubicado en Boothbay, Maine, pero a mí me parecía más bien Tomsk, Siberia, que era donde me habían dicho que el gobierno ruso perdió la pista de mis abuelos maternos, en torno a 1944. Mi madre murió cuando yo tenía diez años, la edad de Noah. No habiendo sido nunca un angelito, me volví cada vez más desafiante, menos comunicativa. Prácticamente dejé de contestar las entrometidas preguntas de los adultos, y dejé de hacer caso de sus histéricas advertencias. Varias de las novias de Milosa se esforzaron en intentar entender qué me pasaba, pero ninguna llegó a nada. Luego él se volvió a casar y mi madrastra, Maureen, no perdió el tiempo y me diagnosticó como una auténtica niña problemática y sin remedio. Tenía pilas de libros que le daban la razón, y consiguió que también lo hiciera un médico del hospital infantil. Un internado con mucha «estructura» era una solución sensata, estaba claro. De hecho, el director Richard (Capullo) Bates no era ni de lejos el mayor cabrón de la Gaston School. Había otros más sádicos que él.

Thomasina llegó a Gaston en noveno curso, como el sobrante de un amargo divorcio del que ninguno de los dos progenitores salió con ganas de hacerse cargo de la custodia permanente. Su delgadez hacía pensar en un desorden alimenticio, lucía un intenso bronceado adquirido en unas vacaciones con su madre en las Azores e iba adornada con pendientes de aro y pulseras de plata que le llegaban hasta la mitad del antebrazo izquierdo. Y, como todavía llevaba aparato, tanto en los dientes de abajo como en los de arriba, que eran grandes y cuadrados, daba la impresión de ser un famélico animalillo pardo atrapado en una jaula metálica. Sus

ojos parecían húmedos, como si tuviera una lágrima a punto de brotar que nunca caía. Su escepticismo era demasiado perpetuo y profundo como para llorar por algo.

Nos tanteamos mutuamente, nos vimos como lo que éramos y aceptamos lo que creíamos que serían nuestros funestos destinos. Hacíamos novillos; bebíamos sidra Boone's Farm, cerveza Budweiser y vino rosado Lancers; escalábamos el alto muro de piedra que rodeaba las siete hectáreas de terreno del colegio y saltábamos al arcén alquitranado de la Ruta 27, para llegar al pueblo haciendo dedo. Dondequiera que fuéramos, nos vanagloriábamos de cabrear a toda la gente que podíamos. Después de dos años alienándome en solitario, sentaba bien tener a alguien con quien meterme en líos.

A ninguna de las dos nos interesaba la universidad, así que después de graduarnos volví a casa, a Boston, y Thomasina vino conmigo. Alquilamos apartamentos a pocas manzanas la una de la otra, en Brookline, un barrio céntrico tirando a elegante, con algunas zonas en decadencia, y asumimos vidas independientes. Yo empecé a trabajar en la empresa familiar, una compañía de perfumes que lleva el nombre de mi madre, Inessa Mark. Los padres de Thomasina —el uno en Francia, la otra en la costa oeste— tienen un montón de dinero y un saco sin fondo de culpa, lo que en esencia quiere decir que nunca ha tenido que trabajar.

Durante los primeros años, Thomasina y yo nos corrimos una larga juerga sinfín. Los bares más refinados pronto nos aburrieron; aquellos tipos enfundados en sus trajes de Brooks Brothers se tomaban a sí mismos demasiado en serio. Nos atraían las tabernas más cutres, especialmente las que estaban cerca del muelle. Los estibadores y los pescadores nos perseguían, literalmente. Disfrutábamos del poder que teníamos y nos halagaba pensar que rompíamos corazones allá donde íbamos.

Entonces Thomasina conoció a Ned y ambos se apartaron del mundo de los bares para acurrucarse juntos en su supuesto nido de amor. Yo seguí bebiendo y saliendo con hombres un poco más, hasta que me aburrí de escuchar chorradas para ligar pronunciadas entre eructos por idiotas, y por fin dejé la botella para

ir a la Universidad de Boston, donde estudié lengua y literatura rusa. Supongo que era algo que tenía que ver con mis raíces: mi esfuerzo por comprender el carácter ruso, por estar conectada de alguna manera a mi pasado ruso. No funcionó; yo no estaba del todo segura de lo que andaba buscando y no ser capaz de encontrarlo me sorprendió bastante poco. Pero lo que sí encontré fue un sufrimiento más brutal y prolongado que cualquier cosa que pudiera ofrecer mi historia de pobre niña rica, y ese puntito de perspectiva histórica me espoleó para empezar a madurar.

No fue una sorpresa que la relación entre Thomasina y Ned se desintegrara. Él era de clase obrera, un italoirlandés del sur de Boston. Ella es una iconoclasta brillante, privilegiada e indolente. Al principio parecía que trascendían todo eso. Se sonreían el uno al otro como ángeles iluminados desde dentro con bombillas de mil megavatios. Pude constatar, sin salir de mi asombro, que esa fase duró casi tres meses. Luego él debió de pensar que ya había dado de sí todo lo que podía en el apartado conversación, y empezó con sus miradas en blanco y sus inoportunas rascadas de entrepierna, mientras que ella empezó a desplegar todo el poder de su infrautilizado intelecto en desprecios tan brillantemente satíricos que él ni siquiera los entendía. El alcohol los llevó al borde de la violencia —cenas echadas a perder, platos rotos, vecinos gritando por las ventanas que se callaran de una vez—. Ella, sencillamente, era incapaz de perdonarle que fuera aburrido. Para cuando llegó Noah, ya se habían separado.

Nunca llegaron a casarse y los padres y la hermana de Ned se niegan a aceptar que Noah está emparentado con ellos. Prefieren pensar que Thomasina hechizó a Ned para convencerle de mantener al mocoso de otro tío. Confieso que yo misma me he preguntado por la paternidad de Noah, y sé que Ned de vez en cuando se sintió desconcertado por haber engendrado un pequeño genio que no se parece a él ni se comporta como nadie a quien él conozca. Pero Ned siempre fue un buen padre, al menos tan bueno como pueda serlo alguien en esas circunstancias. Insistía en pagar la pensión alimenticia, aunque Thomasina no lo necesitaba y ningún juzgado lo había estipulado. Conseguía entradas para los

Bruins, los Red Sox, los Patriot. Fuera invierno, verano u otoño, Ned y Noah siempre tenían sus escapadas. Visitaba a Noah un fin de semana de cada dos, almorzaban e iban juntos a la biblioteca o al parque, dependiendo del tiempo que hiciera. Si Thomasina se lo pedía, recogía a Noah después del colegio. A veces Thomasina dejaba que Ned se quedara a dormir y, cuando lo hacía, a él parecía gustarle. Yo le imaginaba intentando poner freno a sus modales de chico de barrio, intentando no ser un estúpido. La gente es capaz de hacer casi cualquier cosa por conseguir una caricia tierna.

Pero incluso con Ned poniendo de su parte, a Thomasina le abrumaba ser madre soltera. A sus padres, que no habían tenido tiempo para su única hija, les interesaba todavía menos un nieto; y no es que ella encajara precisamente en las reuniones de padres de alumnos. Pero nada de eso explica realmente por qué lo que solía ser un desenfreno estándar, admitamos que bastante feo pero relativamente contenido, se haya convertido en el último año en una adicción feroz, patética.

Ella sabe que tiene un problema. Lo ha intentado todo. No solo las reuniones de Alcohólicos Anónimos, también las de Recuperación Racional, las cartas del tarot, los eneagramas, la psicoterapia, los spas, la meditación, la confesión, leer a los ciegos y beber solo vino. Nada ha funcionado. Está unos cuantos días sobria por aquí, disfruta de un fin de semana de claridad mental por allá, pero al final su mano temblorosa vuelve a rodear el cuello de una botella. Viendo a Thomasina hoy, nadie se imaginaría cómo era: a los dieciséis años consiguió, en unos pocos meses, dominar el francés a la perfección; conocía a todos los personajes de Shakespeare y era capaz de recitar el Discurso de Gettysburg del revés, y terminar por los suelos, a carcajadas. Pero probablemente a nadie le cueste adivinar que los bultos que se aprecian en su bolso son botellitas de ginebra de las que se venden en los aviones.

Te quedas a su lado impotente; empiezas a asustarte de verdad. Sientes que por dentro hay algo desesperado, algo mucho más oscuro de lo que pensabas. Nada me gustaría más que dar la espalda al espectáculo de la gradual aunque tenaz autodestrucción de Thomasina. Pero entonces me acuerdo de Noah y cojo el teléfono.

no. Me oigo a mí misma decir: «¿Cómo estás? ¿Cómo está Noah? ¿Qué pasa?».

Yo soy la madrina de Noah. En serio. Es un rollo católico. Cuando tenía dos meses, ahí estaba yo, con Thomasina y Ned, junto a un lateral del altar de una gran iglesia, con él en brazos. La pila bautismal era de frío mármol blanco y cerca de mi hombro se cernía un cura, cuyas vestiduras pastorales olían a cuero suntuoso, medieval, aplastado por una plancha de tintorería. Me hizo una pregunta: «¿Renuncias a Satanás y a todas sus obras?». Me pilló desprevenida y parpadeé: «¿Satanás?». Pero Ned y Thomasina me estaban mirando, y tenía a Noah en brazos, así que pensé en ello seriamente y contesté: «Si alguna vez me encontrara con él, sabría lo que hacer».

Esta respuesta debió de bastarle, porque el cura me hizo un gesto para que sostuviera a Noah sobre la pila. Vertió la copa que había estado sujetando y el agua corrió sobre la frente de Noah hasta la palangana de mármol. Noah frunció el gesto de su carita arrugada, pero apenas lloró. Hasta de bebé controlaba sus emociones, como si supiera que en este mundo no iba a haber mucho espacio para sus sentimientos. Para mi sorpresa, se me humedecieron los ojos con todas las bendiciones de madrina que quería dedicarle, pero lo único que tuve que darle fue un beso. Vi que Thomasina y Ned se apretaban la mano, y nos miramos los unos a los otros con cierta tímida desnudez, sabiendo que nos habíamos encontrado con un momento perfecto de nuestras vidas. Un momento tan pasajero como cualquier otro, ya perdido.

Ahora, en el Taffy, el restaurante de la esquina, Noah se dispone a enfrentarse a una hamburguesa con patatas. Consigue rodear el panecillo con los dedos, lo levanta hasta la boca y le da un enorme mordisco. Mastica como un león y traga. Cuando le pregunté, admitió que tenía hambre. Posiblemente en realidad esté muerto de hambre.

Hace tres días que se ahogó su padre. No tengo ni idea de cuánto sabe acerca del accidente. La historia salió en las noticias y ocupó algo más de espacio que un breve. Una foto de la jeta de

tío normal de Ned flotando en una cajita, junto a la perfecta cara de chica de revista de la presentadora. Luego Ned se expandió hasta ocupar la pantalla entera. Cuando su cara estaba en la caja, parecía un tío agradable, alguien a quien conociste en el instituto que se había olvidado de peinarse. Cuando se agrandó para llenar la pantalla, se podían ver las decoloraciones oscuras que tenía en las sienes después de años pasados al sol; y sus ojos, color té verde, inyectados en sangre, parecían suspicaces, posiblemente deshonestos. Aunque tal vez solo diera esa sensación porque, en las noticias de la noche, todo el mundo parece un criminal. En cualquier caso, habría sido un error terrible que Noah viera la imagen de su padre fallecido en una pantalla de televisión.

—¿Quieres saber cómo ocurrió, Noah?

—Vale. —Ha aprendido a mostrarse complaciente.

—Fue un choque, como los que suceden en la autopista, solo que este sucedió en el mar.

—Eso ya lo sé. —Moja una patata en un cubito de ketchup para demostrar lo poco interesante que es esto.

Claro. Lo sabe todo sobre colisiones; ha visto un millón en la tele. Saltan chispas, los edificios se derrumban, los coches estallan en llamas. Menudo rollo.

Cojo el mantelito de papel sobre el que está mi sándwich de beicon, tomate y lechuga, y le doy la vuelta. Con un bolígrafo que me presta una camarera, esbozo la línea de costa desde el cabo Cod hasta Maine. Incluyo las islas del puerto de Boston y sombrero ligeramente el George's Bank.

—Tu padre y yo estábamos aquí —le digo, señalando un punto que podía correlacionarse más o menos con uno a veinticinco millas al noreste de Boston—. Estaba levantándose una niebla espesa. Tu padre estaba en la timonera. Yo estaba en popa, poniendo cebo en las trampas para langostas. No se oía nada. No se veía ni la proa. Y lo siguiente que sé es que algo enorme chocó contra nosotros. Gigantesco, Noah. Un carguero. Nos dio por estribor, de costado. Eso significa que fue justo en medio del barco. Yo caí al agua y cuando salí a la superficie y miré atrás, el barco de tu padre estaba hecho astillas y el carguero estaba pasando de largo.

—Mi padre escapó a nado, como tú.

—La guardia costera le buscó durante unas cinco horas ese día, hasta que se puso el sol, y luego desde el alba hasta el ocaso al día siguiente. Tenían dos barcos patrulla, dos helicópteros y un avión de búsqueda C-130. Casi veinte horas buscándolo, Noah. También había allí algunos pescadores, amigos de tu padre. Participó mucha gente. Buscaron en un radio de ocho millas de donde me encontraron a mí.

—Guay —dice. Tiene la mirada vacía, como si no supiera que lo que le estoy contando es real.

—No le encontraron, Noah.

—Se escapó igual que tú. Se fue buceando.

—En algún momento tendría que salir a respirar.

—Si llegó a Atlantis, no.

—Atlantis es un lugar inventado.

—No lo es. —Me mira con reproche.

Yo he sido su canguro desde que era un bebé. Soy su hada madrina buena, la que juega con él y le acompaña voluntariamente en sus viajes imaginarios, la que no le dice nunca que sea sensato ni que se lave los dientes. Esta persona que está viendo es un nuevo yo.

Espero un poco.

Noah moja otra patata en el ketchup. La desliza varias veces por el fino papel que hay en el fondo del cestito de su hamburguesa, dejando rayas rojizas. A lo mejor está escribiendo un jeroglífico, intentando comunicarse. Si es así, probablemente yo sea la única persona que queda en el mundo con la voluntad de descifrarlo.

—A mi padre lo mató un monstruo —propone.

—Se ahogó, Noah —le digo con suavidad—. Se ha ido.

Frunce el ceño, furioso, se le hinchan las diminutas aletas de la nariz.

—¿Por qué chocó ese barco contra él? ¿Por qué no miraban por dónde iban? —Le han dicho eso cien veces. «Ten cuidado». «No corras». «Mira lo que estás haciendo». Pero él ya se ha dado cuenta de que los adultos no respetan esas reglas.

—Fue un accidente, Noah. Las colisiones en el mar suceden con

más frecuencia de lo que piensas. —Me daría de patadas por hacer que suene como si fuera algo corriente.

—¿Por qué no se paró la gente para buscarle?

—Buena pregunta —digo yo, para ganar tiempo.

Es desesperante sentirse tan impotente. No quiero que Noah vea mi rabia. Si el capitán hubiera detenido el carguero inmediatamente, en cuanto se dio cuenta de lo que había pasado, nos podría haber salvado fácilmente a los dos. Pero no lo hizo. Siguió adelante. Probablemente quiso evitarse una investigación oficial, y el daño que pudiera sufrir su reputación.

Eso no se lo puedo decir a Noah. Así que le doy la respuesta típica.

—La guardia costera lo está investigando. Van a encontrar a la gente que iba a bordo del barco para preguntárselo.

Me mira con los ojos cansados y perplejos de un hombre decepcionado. Sabe que me estoy guardando cosas.

—Es posible que la gente del barco ni siquiera supiera que nos habían dado —le digo—. Ese carguero podría medir unos quinientos pies y pesar ni sé cuántos cientos de toneladas. Un doble casco de acero. Un puente de unos tres pisos de altura. Y con la niebla que había ¿de qué habría servido ponerse a mirar al mar? Con un tiempo así se fían solo del radar. Pero el océano es muy grande y no esperan encontrarse con nada, así que si ven algo pequeño, como el barco langostero de tu padre, pueden pensar que no es más que *clutter* marino, barriles de crudo flotantes o basura.

A Noah le tiembla el labio. Está intentando no llorar. Sus lágrimas son tan raras que la idea de que derrame una sola hace que me duela todo el cuerpo.

Pero se recompone, se pone a mirar por la ventana. Al otro lado de la calle hay una tienda de lámparas, un Walgreen's y un ultramarinos indio. Bajando la calle hay un parque con zona infantil donde iba a menudo con su padre y al que yo también le he llevado. Cuando era pequeñito le gustaban los columpios, pero el tobogán no. En los columpios podía mantenerse ojo avizor por si ocurría algo inusual; el tobogán le desorientaba demasiado.

Me pregunto en qué está pensando. Tal vez en que el mundo es profundamente injusto y peligroso, solo que no tiene palabras para expresarlo. Tal vez no esté pensando en nada en absoluto y simplemente está asumiéndolo. Coches, barcos, niebla. Madres borrachas, padres ausentes. Choque. Ahora desearía no haberle dicho que tal vez confundieran el barco de su padre con basura.

Dibujo una embarcación que se parece al *Molly Jones*.

—Hay una cosa importante que quiero que sepas. Tu padre probablemente podría haber saltado por la borda y alejarse nadando, como hice yo. Pero si lo hubiera hecho, los dos habríamos muerto, porque nadie habría sabido que estábamos allí. Así que tu padre permaneció en la timonera y llamó a la guardia costera.

Noah me está mirando fijamente, y a mí me cuesta devolverle la mirada.

—Tu padre me salvó la vida.

Noah frunce el ceño. Levanta la hamburguesa despacio.

—¿Quería casarse contigo?

—No. Solo éramos amigos.

—¿Por qué?

—¿Por qué éramos amigos?

—¿Por qué no quería casarse contigo?

—Pues porque no, sin más. El matrimonio es una cosa especial. Estábamos bien siendo solo amigos.

—¿Por qué mi madre y mi padre no se casaron? ¿Eran ellos solo amigos?

Esta pregunta no es fácil. Le digo que solían ser más que amigos, y que luego se convirtieron en amigos.

Deja en la bandeja lo que le queda de hamburguesa, le quita el pan, extrae un pepinillo del mejunje de mostaza y ketchup y lo coloca cuidadosamente sobre el envoltorio. Sin mirarme, dice:

—Si tú y mi padre os hubierais casado, tú serías mi madrastra.

Así es como me entero de lo mal que lo está pasando; nunca antes me había dicho nada así. Me tomo mi tiempo antes de responder.

—Yo no estoy hecha para la maternidad, Noah. Pero si tuviera que ser la madrastra de alguien, querría ser la tuya.

Me mira a los ojos con toda la confianza que es capaz de otorgarle a nadie y yo pienso en dos palabras que no he dicho desde que se murió mi madre. *Te quiero*. Se las diría, pero me temo que no tengo lo que hay que tener para cumplir la promesa que esas palabras implican.

Noah se saca algo del bolsillo de su chaqueta. Es un disco blanco amarillento repleto de diminutas venas y agujeritos. Tiene un diámetro de unos cinco centímetros, una anchura de dos y medio y los bordes lisos como el cristal.

—Qué bonito —le digo—. ¿De dónde lo has sacado?

—De mi padre. También me dio más cosas.

—¿De dónde lo sacó él?

—De una ballena.

—¿Eso te dijo? —Tiene, vagamente, aspecto de ser de origen animal, pero nunca he visto un hueso como ese. Para mí que se trata de algún tipo de roca. Es evidente que ha sido cortado y parece haber sido pulido también.

Noah se inclina hacia delante y susurra:

—Mi padre una vez luchó contra una ballena. Se metió en una barquita y la siguió y la mató con un arpón. La ballena no murió inmediatamente. Tiró de mi padre y lo arrastró por todo el mundo, pero él siguió agarrado con todas sus fuerzas. La ballena no paró de sangrar en todo el tiempo y al final se desangró hasta la muerte y mi padre tiró de ella hasta meterla en la barca. Se pasó toda la noche despierto cortándola en pedazos y se quedó con algunos huesos. ¿Ves? —Agita el disco de marfil—. Un hueso de ballena. —Me lo entrega.

Cuando Noah era un bebé tenía los ojos enormes, azul oscuro. Apretaba los labios exhalando besos diminutos, como si no pudiera evitar dar al mundo el amor que rebosaba. Solíamos jugar a una cosa juntos: nos sentábamos uno delante del otro, él en una trona, y yo en una silla de la cocina. Nos pasábamos algo el uno al otro —un patito de goma, una figurita ninja o algún otro juguetito— una y otra vez durante mucho rato mientras nos sonreíamos con la mirada. Esto me recuerda a aquellos tiempos. Solo que cuando intento devolverle el disco, él lo empuja hacia mí rápidamente.

Tal vez el tipo de héroe que le he descrito —el tipo de héroe que hace llamadas por radio pidiendo ayuda— no es lo bastante bueno. Él necesita uno que blanda arpones.

Hago girar el tesoro en mi mano despacio, inspeccionándolo, respetándolo.

—Bonito, Noah. Muy bonito.

Lo agarra y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta, se coloca la solapa y se abrocha los botones; mira a su alrededor, a la gente que está comiendo en el restaurante. De repente vuelve a ser un niño inquieto, espabilado por una hamburguesa, seguro de su derecho a creer en las historias que le consuelan y a pasar por alto los hechos que no es capaz de comprender. Todavía le queda tiempo antes de ponerse a hacer los deberes, y dice:

—Oye, Pirio, ¿después de esto podemos ir a tu casa a jugar al dominó?